

## Los límites del conocimiento histórico<sup>1</sup>

“El dudoso relato de acontecimientos sucesivos”. Con esta frase peyorativa<sup>2</sup> Bernard Bosanquet eliminó la pretensión de la historia a ser considerada un estudio que mereciera la atención de un espíritu reflexivo. Inadecuada en la forma, por no elevarse jamás por encima de lo incierto, inadecuada por el objeto, pues siempre está ligada a lo transitorio, lo sucesivo, lo meramente particular en cuanto opuesto a lo universal; una crónica de poco valor, y además carente de crédito. Sin embargo, Bosanquet estaba bien versado en historia. La enseñó de joven en Oxford, y su primera obra publicada había sido la traducción de un libro alemán reciente sobre la constitución de Atenas; sabía que un buen número de los mayores talentos del mundo de los últimos cien años se había dedicado a los estudios históricos; y con el paso de los años se preguntó a sí mismo a qué había llegado la historia, eso fue todo lo que pudo afirmar.

Existen, como ya he señalado, dos capítulos en su acusación al conocimiento histórico: que es

---

<sup>1</sup> Tomado de *Journal of Philosophical Studies* (1928), con autorización del editor de *Philosophy*, su nuevo título.

<sup>2</sup> *The Principle of Individuality and Value*, p. 78.

dudoso, y que sus objetos son transitorios; propongo aquí considerar únicamente el primero de ellos. No constituye en absoluto una expresión carente de dudas. Por el contrario, hace mucho que nos hemos acostumbrado a la idea de que la historia es incapaz de arribar a la certidumbre. Los epigramas que la describen como *une fable convenue*, o al arte del historiador como *celle de choisir, entre plusieurs mensonges, celui qui ressemble le plus à la vérité*, vuelven a nuestros espíritus y los transportan, pasando por el iluminismo del siglo XVIII, hasta Descartes y su polémica contra la historia como un tipo de pensamiento no susceptible de claridad y distintividad matemáticas que son las únicas que revelan la presencia de la verdad indudable. De hecho esta acusación ha sido un tópico del pensamiento europeo durante doscientos o trescientos años; y lo más curioso es que éstos han sido exactamente los años durante los que los estilos históricos han florecido más extraordinariamente y producido los resultados más originales e imprevistos. Uno podría casi imaginar que el pensamiento histórico en su encarnación más activa y afortunada, y el escepticismo histórico, la duda en cuanto al valor de ese pensamiento, eran gemelos, como el Hermano *Date* y el Hermano *Dabatur*. Lo cual es cierto en todo caso; el escepticismo histórico no ha sido en realidad ni causa ni síntoma de ninguna decadencia de los estudios históricos. De aquí se deduce que el espíritu humano es lógico hasta lo grotesco (la conclusión favorita de los observadores desatentos y de los pensadores indolentes), o que la función del

escepticismo histórico no consiste en negar la validez del pensamiento histórico, sino de alguna forma todavía no explicitada plenamente, en atraer la atención hacia sus límites.

Al objeto de explorar la segunda posibilidad (la primera no merece la pena examinarla porque si fuera cierta la investigación sería en vano), consideremos qué tesis ha de demostrar el escepticismo histórico.

Toda historia es el fruto de una interpretación más o menos crítica y científica de las evidencias. Hay dos salidas para el escepticismo. En primer lugar se puede decir que la interpretación nunca es lo crítica y científica que debería ser; que el más cultivado y cuidadoso de los historiadores es capaz de errar pasmosamente en su utilización de las evidencias, y que por tanto nunca podemos estar seguros de que hemos interpretado correctamente la evidencia. Pero éste es un tópico muy recurrente del escepticismo que no se dirige fundamentalmente contra la historia, sino contra toda forma de pensamiento; la eterna posibilidad abstracta de esta clase de error encierra el mismo peligro de echar a perder cualquier muestra de cálculo, razonamiento u observación; y en consecuencia esto no es en forma alguna una acusación especial lanzada contra el conocimiento histórico.

En segundo lugar, puede señalarse que el historiador, a diferencia del matemático, el filósofo o el biólogo, tiene algo que interpretar que se denomina evidencia: sus documentos, sus datos, sus testimonios, es decir, sus fuentes. ¿Qué bases existen

para el teorema binómico? Ninguna; la cuestión carece de sentido. ¿Qué evidencias hay de la teoría de las ideas de Platón? Todo puede convertirse en evidencia de ella si se la cree; todo evidencias en contra si no crees en ella. En otras palabras, la concepción de la evidencia no entra en el proceso de pensamiento por el que se defiende o con el que se ataca. ¿Qué evidencia existe en pro o en contra de la herencia de las características adquiridas? Ninguna; lo que en un sentido amplio puede denominarse *evidencia de* podría interpretarse adecuadamente como *tesis bien demostradas de* ello. Los experimentos que corroboran o desbaratan una teoría biológica no son fuentes y documentos precisamente porque si se impugnan pueden repetirse, rehacerse nuevamente. No se puede “repetir” a Heródoto, o escribir nuevamente sus obras, si dudas sobre algo de lo que dijo; esto es lo que lo muestra, en el sentido estricto del término, como evidencia.

Ahora bien –y ésta es la base del escepticismo histórico– sólo contamos con un número estrictamente limitado de evidencias relativas a cualquier cuestión histórica; y raramente está libre de graves defectos, es generalmente tendenciosa, fragmentaria, silenciosa en donde debiera ser explícita, y prolija donde haría mejor guardando silencio. Incluso en el mejor de los casos nunca se halla libre de esos o similares defectos; lo único que hace es evitar arrojarse sin miramientos a nuestra consideración. De aquí que la mejor pueda ser la peor, porque nos adormece con una falsa seguridad y nos induce a

tomar su imperfección por perfección, su carácter tendencioso por sinceridad, y a convertirnos en cómplices inocentes de su propia falsedad. La poética inspiración de la musa Clío nunca es más necesaria y jamás se emplea con mayor lucidez que para la tarea de sumir en el sueño las facultades críticas del estudioso de la historia, mientras ella entona en su imaginación una canción de sirena. Pero si se ata él mismo al mástil y se niega a cambiar su rumbo, deja de ser un incauto y se torna un escéptico. Dirá entonces: "Sé que mis evidencias son incompletas. Sé que sólo poseo una fracción despreciable de lo que podría haber tenido si el destino hubiese sido más generoso, si la biblioteca de Alejandría hubiese sobrevivido, si los humanistas hubieran sido más afortunados, o se hubiesen tenido más apoyo en su búsqueda de manuscritos; si mil cosas que no sucedieron hubieran sucedido, yo habría contado con una masa de evidencias en donde ahora sólo tengo unas cuantas muestras. La destrucción total de documentos debida a la Revolución Francesa y el holocausto de archivos de casas nobles y títulos de propiedad que ahora prosigue en Inglaterra desde la aprobación de la Ley de la Propiedad Real de Lord Birkenhead -aun con la atemperada que está por los esfuerzos de las sociedades históricas y la autoridad del Archivero Mayor- ha deteriorado en forma irremediable un vasto porcentaje de las fuentes que existían sobre la historia medieval de Francia e Inglaterra; lo que ha quedado jamás será otra cosa que un fragmento nunca insignificante para constituir la base de una

historia completa de la Edad Media. Pero incluso de no haber acontecido esas catástrofes, nuestras fuentes aunque más numerosas, siempre serían incompletas. Tendríamos más que analizar, pero nuestros resultados no por ello serían en realidad más exactos, excepto en el dudoso sentido en que una cantidad mayor, pero finita, llega más cerca del infinito”.

Afirmar esto podría parecer tanto como renunciar por completo a la certidumbre histórica. Y sin embargo hay que afirmarlo. Sólo cerrando nuestros ojos a los hechos más conocidos y palpables es que no podemos dejar de ver que lo manifiesto del conjunto al que siempre apelamos cuando decidimos que un punto histórico debatido representa un mero fragmento de lo que podríamos tener si nuestra suerte hubiera sido mayor. ¡Cuán vitales son para nuestro conocimiento del siglo XV las cartas de Paston!; sin embargo, sólo a la fortuna debemos el contar con ellas, y si nuestra suerte hubiera sido distinta, no sólo hubiéramos podido tener ese conjunto de correspondencia sino una docena más, resultando en total un cuadro muy diferente del período. Trabajamos y sudamos para llegar a la última brizna de conocimiento deductivo de las fuentes que poseemos, mientras si pudiésemos adquirir sólo un poco más, nuestras deducciones resultarían confirmadas, o echadas por tierra, con la más simple ojeada a los nuevos documentos. Sólo la experiencia efectiva, o en su defecto, un cuidadoso estudio de la historia de la investigación, puede mostrarnos hasta qué punto el historiador se

halla a merced de sus fuentes y cuán completamente puede alterar sus conclusiones un incremento de sus fuentes. Sin duda, el científico no sería afectado en menor medida por un experimento nuevo; pero esto no le da ninguna sensación de honda impotencia o inutilidad, porque su misión consiste en llevar a cabo el experimento decisivo, y su error radica en no hacerlo; mientras que el historiador, independientemente de la dureza que emplee en el descubrimiento de fuentes, a largo plazo depende de la suerte de que alguien no echara abajo el monumento de Ancira para quemarlo en un horno de cal, o de que alguien encendiera la cocina con la correspondencia de Paston.

Y éste es, quizás, el verdadero aguijón del escepticismo histórico. La duda constituye una enfermedad endémica del pensamiento humano. Si la historia es dudosa, lo mismo ocurre con la ciencia y con la filosofía; en cada sector de conocimiento todo resulta dudoso hasta que se ha establecido su realidad satisfactoriamente, e incluso entonces se hace dudoso de nuevo a menos que el que duda pueda dilucidarla por sí mismo de nuevo. En las matemáticas no nos sentimos angustiados por lo dudoso de nuestros teoremas, porque si nos sentimos descontentos con el axioma de las líneas paralelas, podemos elaborarlo por nosotros mismos de acuerdo a nuestra propia estimación y llegar a una opinión independiente; en física, si dudamos sobre la idea aceptada sobre la gravedad, podemos subir a una torre y comprobarlo. Pero a las fuentes de la historia debemos tomarlas o

dejarlas. No son, como los teoremas científicos o filosóficos, el resultado de procesos que nosotros mismos podamos rehacer; son resultados, pero resultados de procesos que no podemos repetir. Por consiguiente, constituyen una barrera infranqueable para el pensamiento, un muro de "datos" ante el que todo lo que podemos hacer es construir un alero deductivo al desconocer qué tensión es capaz de soportar. La peculiar, la desastrosa duda de la historia, no reside en el hecho de que todo en ella sea dudoso, sino en la circunstancia de que esas dudas no pueden resolverse. Por todas partes el conocimiento se amplía, al parecer, mediante una saludable oscilación entre la duda y la certeza: se te permite dudar todo lo que desees para decir, como Hobbes, la primera vez que se enfrentó a Euclides, "Por Dios, si es imposible", porque el conocimiento se adquiere haciendo frente y respondiendo a esas dudas; pero en historia no debemos dudar; no osamos dudar; debemos suponer que nuestras evidencias son adecuadas, aunque sepamos que son insuficientes, y dignas de crédito aunque sepamos que están viciadas, porque si no lo hacemos así nuestra profesión de historiadores desaparecería. Todo lo que como máximo podemos hacer es descubrir y reunir, con infinitas penurias, las fuentes existentes relacionadas con ciertos tipos de problemas; publicar extensas colecciones de cartas constitucionales, crónicas, inscripciones y demás, cuya masa misma abruma la imaginación y hace que nos avergoncemos de sugerir que pueden ser demasiado insignificantes para contener la verdad



plena incluso en relación a un aspecto secundario. Nos sentimos alentados por la considerable masa de erudición de que disponemos cuando el mal del que sufrimos ya no exige que sea dudosa, sino al menos, que sea como mínimo cierta: un solo hecho que podamos comprobar por nosotros mismos, no un número siempre creciente que nunca podamos verificar. Porque lo que en historia denominamos comprobar una afirmación no es en realidad comprobarla, sino únicamente comparar una afirmación con otra afirmación.

Esta sensación de que en los estudios históricos la mente se halla atada de pies y manos a un acto de aquiescencia irracional mientras en los campos de la ciencia y la filosofía se halla libre para ponerlo todo en duda, para rechazar todo lo que no pueda justificarlo, y no asegurar nada que no pueda aceptar por la autoridad de su propio pensamiento, parece ser lo que expresó Bosanquet en la frase que cité al principio. Pues bien, a esto es fácil replicar que es una hipercrítica; que tales dudas no afectan a los historiadores auténticos en el curso real de su trabajo, sino sólo a espectadores desdeñosos que probablemente sienten antipatía por ese trabajo; y que en la práctica, lejos de ser cierto que la historia no resiste al examen, se halla constantemente revisada por una cantidad enorme de personas inteligentes, quienes en la actualidad llegan a conclusiones muy parecidas: que Carlos I fue decapitado, que Carlos II era un hombre al que siempre le gustaba estar rodeado de mujeres, que Jaime II abandonó el país, y así sucesivamente

hasta formar una lista que puede constituir o no algo de poca importancia, pero que al menos no es considerado como algo dudoso por cualquiera que se tome la molestia de averiguarlo.

Semejante respuesta, tengo que confesarlo, aporta un soplo de aire fresco sobre un razonamiento que había comenzado a oler desagradablemente. Siempre supone un alivio que, tras demostrar que un asno tiene cuatro patas, salgamos al campo y contemplemos al animal por nuestra cuenta; y no es injusto en absoluto el término hipercrítica cuando se aplica a un argumento que demuestra que la historia, la religión, o la política, constituyen un empeño imposible, o inútil, cuando es evidente que muchas personas inteligentes las prosiguen con un espíritu abierto. Pero no se puede deshacer un argumento por llamarlo hipercrítico. Si tu asno tiene cuatro patas a la vista, y puedes probar que podría tener tres, la discrepancia no es razón para dejar de pensar sobre la anatomía del asno, sino para volver a pensar en él, revisando y no ignorando simplemente el razonamiento del principio.

Es importante reconocer este principio en interés de toda investigación filosófica sana. La gente se halla tentada a menudo de discurrir así: "Tal y cual idea, si se las lleva a sus últimas consecuencias, acaban en el escepticismo. Ahora bien, el escepticismo es una posición que se contradice a sí misma, porque materialmente pretende poseer el conocimiento que formalmente deniega; por consiguiente, cualquier cosa que lleve lógicamente al

escepticismo conduce a la propia contradicción y resulta falsa. Esto representa una refutación suficiente de tal y cual idea, a las que en consecuencia dejamos desde este momento fuera de toda consideración posterior". Este tipo de refutación, aunque lógicamente válida, nunca es satisfactoria porque pertenece a la "erística", por utilizar la distinción de Platón, y no a la "dialéctica". El crítico ha roto una lanza contra la idea en cuestión, y ha dejado a su defensor callado pero por convencer; sabedor de que su razonamiento no ha sido analizado con justicia, sino que sólo ha sido hundido momentáneamente en la sumisión. El garrote que representa un sentido común burdo forma una parte muy necesaria del arsenal del filósofo; así como el hombre veraz debe saber cómo *γεύδῃ λέγειν ὡς δεῖ*, también el filósofo debe saber cómo ser estúpido *ὡς δεῖ*, y replicar a un argumento -con todo lo perfecto y correcto que pueda ser- "esto no es más que una muestra de ingenuidad lógica; los hechos son tal y cual". Pero si uno convierte a un cerebro en permanentemente inútil, como nos obligarían a hacer aquellos que enseñan a sus discípulos el uso único del garrote del sentido común (mientras se reservan otras armas para su servicio exclusivo), no hacemos más que condenarnos a no saber nada. Cuando se ha sumido al escéptico en el silencio, se saca el escalpelo haciéndole la disección; así podrá aprovecharse su cerebro para algo.

Las afirmaciones del escepticismo histórico -utilizando nosotros el escalpelo- no son el mero resultado de una investigación torpe del trabajo